

310 *Las Aventuras de Gil Blas.*

puertas á ver la comitiva, que les parecía ser de algun Grande que iba á tomar posesion de un Vireynato.

CAPITULO XIII.

*Vuelve Gil Blas á su hacienda de Liria; tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada Serafina; y él mismo se enamora de una dama.*

Tardé quince dias en llegar á Liria, porque no habia precisión de acelerar las jornadas: solamente deseaba llegar con salud y descansado, lo que efectivamente conseguí. La primera vista de mi quinta me excitó algunos tristes pensamientos, acordándome de mi Antonia; pero luego procuré desecharlos de mí, divirtiendo la imaginacion á cosas que me gustasen, lo que no fue difícil, porque al cabo de tantos años que habian pasado desde su muerte, estaba ya muy mitigado el dolor de aquella pérdida.

Luego que me apeé en mi casa vinieron apresuradamente á saludarme Beatriz, muger de Scipion, y su hija Serafina: despues de esto el marido, la muger, y la hija parecian querer ahogarse unos á otros dándose recíprocos



*Vuelve Gil Blas á su hacienda de Liria, tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada serafina, y se enamora de una dama.*



cos abrazos en testimonio de su cordialísima alegría, de manera que de verlos estaba yo como encantado. Dexé que se acabáran los abrazos, y mirando fixamente á mi ahijada, dixé admirado: ¡ Es posible que sea esta aquella Serafina que yo dexé en la cuna quando partí de Liria! Pasmado estoy de verla tan bella y tan crecida. Es menester que pensémos en casarla. ¿ Cómo así? Señor padrino, exclamó la muchacha algo cortada. Acaba Vmd. de llegar y ya piensa en alejarme de sí! No, hija mia (la respondí) no pretendemos separarte de nosotros dándote marido: queremos busques uno que te posea sin que te ausentes de tus padres, y que por decirlo así, viva con nosotros.

Un pretendiente en que se halla esa circunstancia, dixo entonces Beatriz tiene la niña. Cierta hidalgo de un lugar inmediato la vió un día en Misa y quedó muy prendado de ella. Vino despues á verme, declaróme su intento, y me pidió la muchacha. Poco adelantaria Vmd., respondí yo al tal señor, aunque yo se la concediera. Serafina depende de su padre y de su padrino como los únicos que pueden disponer de su mano. Lo mas que puedo hacer por Vmd. es escribir á uno y á otro informándolos de las circunstancias de su persona, y del favor que quiere hacer á mi hija. Con efecto esta iba á escribir á Vmds. dos, mas ya que Dios me los ha dexado ver aquí y están informados de esta pretension, harán lo que mejor les pareciere.



Las Aventuras de Gil Blas.

Pero en suma, ¿quién es ese hidalgo? le preguntó Scipion. Es acaso alguno de tantos como hay por ese mundo de Dios hinchados con su hidalguía, e insolentes con los que carecen de esa alhaja? En quanto á eso respondió inmediatamente Beatriz, nada menos. Es un mozo muy afable y atento con todos, sobre ser bien parecido, y que aun no ha cumplido treinta años. Vamos claros, díxelo yo á Beatriz, que es bellissimo el retrato que haces de ese caballero? Y cómo es su nombre? Don Juan de Juntella, respondió la muger de Scipion. Há poco tiempo que heredó á su padre, y vive en una hacienda propia que solo dista una legua de aquí en compañía de una señorita joven hermana suya. Ya he oido alguna vez hablar de esa familia, repuse yo, y he llegado á entender que es conocida en el Reyno de Valencia. Menos estimo, añadió Scipion, toda la hidalguía que pueda Don Juan tener que las buenas prendas y qualidades; y sobre todo lo que nos hace mas á caso es que el tal Don Juan sea un grande hombre de bien. A lo menos tiene esa fama, díxo Serafina tomando parte en la conversacion, y los vecinos de Liria que le conocen dicen mil bienes de él. Quando oy estas breves palabras á mi ahijada me sonreí mirando á su padre, el qual conoció por ellas como yo, que no desagradaba á su hija aquel galanito. Tardó poco en saber nuestro carrizo el mencionado novio, y á los dias despues vino á vernos.

Lib. XII. Cap. XIII.

313

nos. Se presentó con desembarazo y gracia; y lejos de que su presencia desmintiese el informe que Beatriz nos habia hecho, nos hizo formar mucho mayor concepto de su mérito. Díxonos que como vecino venia á congratularse con nosotros por nuestro feliz retorno. Recibimosle con la mayor atencion y el mayor agrado que nos fue posible; pero esta visita fue de pura urbanidad, pasándose toda en cortesanos recíprocos cumplimientos. Retiróse sin haber hablado ni una palabra que pudiese aludir á su inclinacion por Serafina: solamente nos suplicó que le permitiésemos repetir y aun frecuentar sus visitas para aprovecharse mejor de una vecindad que juzgaba habia de ser muy gustosa para él. Quedamos satisfechos de sus buenos modales, y al dia siguiente por la tarde partimos Scipion y yo á pagarle la visita. Tomamos el camino de su lugar, guiados por un paisano que despues de haber caminado tres quartos de legua, aquella es, señores, nos dixo, la casa de Don Juan. Recorrimos con la vista todos aquellos campos, y nada pudimos ver, hasta que llegando al pié de un collado la descubrimos en medio de un bosque rodeado de corpulentos árboles, cuya frondosidad y espesura la robaban á la vista en mayor distancia. La tal casa por defuera representaba mas antigüedad que opulencia en su dueño. Sin embargo, quando nos hallamos dentro, vimos que el aseó y buen gusto de los muebles



bles recompensaba á la caduca ancianidad del edificio.

Recibiónos Don Juan en una sala medianamente puesta y adornada, presentándonos á una señorita de diez y nueve á veinte años, que dixo era su hermana y nuestra servidora Doña Dorotéa. Estaba vestida de gala como quien esperaba nuestra visita, y naturalmente querria no parecernos mal. Luego que la ví y pude descubrir en alguna manera sus prendas de cuerpo y alma, me hicieron la misma impresion que Antonia me habia hecho; y verdaderamente quedé en lo interior enteramente turbado; pero supe disimular tanto, que ni el mismo Scipion lo pudo conocer. Toda nuestra conversacion fue como la del dia anterior, reduciéndose al gusto que todos tendríamos de vernos, y aprovecharnos de tan envidiable vecindad viviendo como buenos vecinos. Don Juan no tomó en boca á Serafina, ni por nuestra parte se dixo cosa alguna que de mil leguas le pudiese dar ocasion á declararnos su amor, persuadidos á que lo mas decente y mas seguro era dexarle venir. Durante la visita echaba yo de quando en quando alguna ojeada á Dorotéa; sin embargo de afectar que la miraba con indiferencia, y aun lo menos que me era posible. Si tal vez se encontraban sus ojos con los míos eran nuevas saetas que me atravesaban el corazon de parte á parte. Confesaré sin embargo, por hacer exácta justicia á mi ama-

do objeto, que no era una hermosura perfecta: la tez blanquísima, y la carne de una exquisita delicadeza, la boca mas encendida que una rosa; pero la nariz un poco larga, y los ojos algo pequeños; pero sin embargo el todo de su figura me encantaba.

En suma, no saqué de casa de Don Juan el sosiego con que habia entrado, pues ocupado enteramente el pensamiento en Dorotéa no acertaba á pensar ni hablar de otra cosa. ¿Qué es esto, señor? me dixo Scipion, mirándome como pasmado. Mucho habla Vmd. de la hermana de Don Juan. ¿Si estará enamorado de aquella linda dama? Sí, amigo, le respondí: lo estoy, y me avergüenzo de estarlo; pero no lo puedo negar. Santo Cielo. ¡Es posible que, habiendo mirado con la mayor indiferencia á mil bellísimas mugeres despues que murió mi Antonia, haya encontrado ahora una que en mi adelantada edad encendiese en mi corazon un volcan de amor dexándome sin arbitrio para defenderme! Señor, me replicó el hijo de la Cusculina, parecíame á mí que debia Vmd. celebrar esa aventura en vez de sentirla, y de prorumpir en tan injustas quejas. No es tan viejo Vmd. que desdigan de sus años los ardores de un lícito, y casto amor, ni el tiempo ha maltratado tanto su semblante que no conserve toda su gracia y no mantenga el derecho de parecer bien. Creame Vmd. y tome mi consejo. La primera vez que vea á Don



Juan pídale su hermana con toda resolución, seguro de que no la podrá negar á un hombre de sus circunstancias. Fuera de que aun quando quisiese absolutamente casarla con un hidalgo, Vmd. lo es, pues tiene su executoria que basta para que no padezca el honor de su posteridad. Despues que el tiempo haya echado la tal executoria el espeso velo que cubre todas las nobles familias, quiero decir, despues de quatro ó cinco generaciones, la casa de Santillana será de las mas illustres.

## CAPITULO XIV.

*Noble matrimonio que se celebró en la quinta de Liria; con lo qual se pone fin á la historia de Gil Blas de Santillana.*

**A**nimóme tanto Scipion á declararme amante de Dorotéa, que ni siquiera me pasó por la imaginacion que me exponia á un desayre. Con todo eso no me determiné á romper mi silencio sin algun recelo. Aunque mi cara disimulaba mucho mis años, y podia quitarme á lo menos diez de los que tenia sin miedo de no ser creído, no por eso dexaba de dudar con fundamento que pudiese enamorarse de mí una muger hermosa y en lo mas florido de su edad. Sin

em-

embargo resolví á arriesgarme y pedirla á su hermano la primera vez que le viesse. Este por su parte, como no estaba seguro de conseguir á mi ahijada, tampoco dexaba de tener alguna inquietud.

Volvió á mi casa la mañana siguiente al dia de mi visita. Señor Santillana, me dixo apenas me vió. Hoy vengo á tratar con Vmd. un negocio muy serio. Hícele entrar en mi gabinete, y desde luego se introduxo derechito en la materia. Creo, me dixo, que no ignora Vmd. el asunto sobre que le vengo á hablar. Ahorrémos de palabras. Yo amo á la señora Serafina: Vmd. lo puede todo con su padre, suplicole que sea favorable á mi pretenseon, disponiendo que sea dueño del objeto de mi amor, que de esa manera perpetuamente reconoceré deber á Vmd. toda la felicidad de mi vida. Señor Don Juan, le respondí, ya que Vmd. ha excusado de rodeos, y se ha ido derechamente á la substancia, tampoco extrañará que yo imite su exemplo. Prometo á Vmd. todos mis buenos officios con el padre de mi ahijada Serafina, é imploro los de Vmd. en mi favor sobre la misma pretension para con su hermana y mi señora Doña Dorotéa.

Quedóse alegremente sorprendido Don Juan al oirme estas últimas palabras, y yo formé un buen agüero al observarle aquella alegre suspension. ¡ Es posible, señor, exclamó prontamente, que Dorotéa á la primera vista haya

he-



hecho la conquista de vuestro corazón! Si señor, le respondí: encantóme enteramente, y me tendré por el mas dichoso hombre del mundo si mi pretension mereciere la aprobacion del uno, y el consentimiento de la otra. Eso es, me replicó, en lo que Vmd. no puede ni debe poner la menor duda. Es verdad que somos nobles, pero tambien lo es que de la alianza con un hombre de las circunstancias de Vmd. ninguna nobleza puede, ni debe hacer desden. Me alegro, repuse yo, que no se desdeñe Vmd. de admitir por cuñado á un hombre que nació en el estado llano; esto mismo me obliga á estimarle mas, porque es prueba de su buen juicio: pero sepa Vmd. que aun quando su vanidad le persuadiese á no permitir que su hermana diese la mano á ninguno que no fuese noble, todavía tenia yo con que contentar aun en este particular á su honrada delicadeza. Veinte años serví en las oficinas del Ministerio, y del Rey. Para recompensar los servicios que hice al Estado me gratificó S. M. con una executoria y patente de nobleza, la que quiero lea Vmd. ahora mismo con sus propios ojos. Diciendo esto saqué la executoria de la papelera, entreguésele, y él la leyó con la mayor satisfaccion. Está muy buena, me dixo al devolvérmela: por lo que á mí hace, añadió, Dorotea ya es vuestra. Y á mí me parece, le respondí, poder aseguraros desde luego que podeis contar con Serafina.

Quedaron, pues, concluidos de esta mane-

nera entre nosotros los dos matrimonios, faltando solo saber si lograríamos el libre y gustoso asenso de nuestras futuras, porque ni Don Juan ni yo, igualmente delicados en punto tan importante, las pretendíamos sin su beneplácito y grato consentimiento. Volvióse Don Juan á su Lugar para comunicar mi proposicion á su hermana; y yo llamé á Scipion, Beatriz y mi ahijada para darles parte de la conversacion que habia tenido con Don Juan. Beatriz dixo desde luego, y sin pensarlo mas, que se le admitiese al punto por esposo. Serafina dió bastante á entender con su apacible silencio y turbacion que era del mismo parecer que la madre. No fué de otro su padre, pero mostró alguna inquietud por el dote que le parecia preciso dar correspondiente á un hidalgo como aquel, y cuya casa solar tenia urgente necesidad de reparos. Tapéle luego la boca diciéndole, que en eso no debia pensar él, porque yo desde aquel mismo punto me obligaba á dar quatro mil ducados de dote á mi querida ahijada.

Escribí aquella misma noche á Don Juan dándole parte de todo. Vuestros negocios, le decia, caminan admirablemente, deseo que los míos no estén en peor estado. No pueden hallarse en mejor, me respondió. Dorotea dió inmediatamente su consentimiento sin esperar á que se echase mano del ruego, ni mucho menos de la autoridad. Cada instante se acuerda de vuestra persona, que le agradó mucho, y no le

agra-



agradaron menos vuestras cortesanas modales. Vos temiais que vuestra persona no fuese de su gusto, y ella por el contrario teme con mayor razon, que solo puede ofreceros su corazon y su mano. ¡Qué mas puedo desear! exclamé fuera de mí de alegría. Una vez que la amable Dorotea no tenga repugnancia á unir su suerte con la mia, nada tengo ya que apetecer en este mundo. Dios me ha dado mas de lo que me basta para recibirla sin dote, sola su posesion ha llenado todos mis deseos.

Contentísimos Don Juan y yo de ver puestas en tan buen estado nuestras cosas, resolvimos de comun acuerdo excusar todas las ceremonias superfluas para acelerar quanto antes nuestras bodas. Dispuse que mi futuro cuñado se abocase con los padres de Serafina; y convenidos en las capitulaciones del matrimonio se despidió de nosotros, prometiendo volver el dia siguiente acompañado de su hermana Dorotea. El deseo de parecer bien á mi novia me obligó á emplear tres horas cumplidas en vestirme, engalanarme y adonizarme, y ni aun así me pude reducir á estar contento de mi figura. Para un mozo que se prepara á ver y recibir á su dama, esta ridícula fatiga es una verdadera diversion; mas para un hombre que ya se acerca á viejo es una ocupacion fastidiosa. Con todo eso fuí mas afortunado de lo que esperaba; volví á ver á la hermana de Don Juan; y ella me miró con unos ojos, que casi me

me hicieron creer que aun valia yo alguna cosa. Tuve con ella una larga conversacion; y descubrí ser de bellissimo caracter, y de razon despejada; de suerte que llegué á persuadirme que con buen modo, y mucha complacencia podria llegar á merecer su cariño aun despues de casado. Lleno de esta dulce confianza hice venir de Valencia dos escribanos que dispusieron los contratos matrimoniales. Llamóse al Cura, quien nos casó á Don Juan, y á mí con nuestras queridas esposas.

Encendí, pues, por la segunda vez la antorcha de himeneo, y nunca tuve motivo de arrepentirme. Dorotea como muger de juicio y de virtud no tenia mayor gusto que cumplir con su obligacion, y como yo procuraba adelantarme á prevenir sus deseos, ella tardó poco en enamorarse de mí como pudiera hacerlo si me hubiera visto en la flor de mi juventud. En Don Juan y en mi ahijada se encendió con igual viveza el amor conyugal, y lo mas singular fué que las dos cuñadas estrecharon entre sí la mas fina amistad. Yo por otra parte reconocí en mi cuñado tales prendas, y le cobré tal afecto que no lo sabré explicar, y él me correspondió de tal modo que nunca tuve motivo para quejarme de su ingratitud. En fin era tal nuestra fraternal union, que quando llegaba la noche y la hora de separarnos para ir cada uno á su casa, jamas lo haciamos sin dolor, de manera que al fin fue necesario resolvernos á vivir



juntos debaxo de un mismo techo para noi formar mas que una sola familia.

Tres años há, lector amigo, que pasó una vida deliciosa en tan amable compañía. Para colmo de mi dicha el cielo me ha concedido dos hijos, de quienes creo prudentemente ser padre, cuya educacion será la ocupacion y empleo de mi vejez.

*Fin de la historia de Gil Blas de Santillana.*

## INDICE

323

## DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS

EN ESTE QUARTO TOMO.

## LIBRO DECIMO.

- Cap. I. Partida de Gil Blas para Asturias, y lo que le sucedió al pasar por Valladolid. pag. 1.
- Cap. II. Prosigue Gil Blas su viage, llega felizmente á Oviedo. Estado de su familia, muerte de su padre, y lo que sucedió despues. 13.
- Cap. III. Parte Gil Blas al Reyno de Valencia, y llega en fin á Liria. Descripción de aquella casa, cómo fue recibido en ella, y las gentes que allí encontró. 25.
- Cap. IV. Parte á Valencia, visita á los Señores de Leiva; la conversacion que tuvo con ellos, y la buena acogida que le hizo Doña Serafina. 34.
- Cap. V. Va á la comedia Gil Blas, y vé representar la nueva tragedia. Qué suceso tuvo la pieza, y la variedad de juicios en la crítica que se hizo de ella. 41.
- Cap. VI. Encuentra Gil Blas en la calle á un Religioso á quien le pareció conocida,